



# LA UNION

## FERIA Y FIESTAS DEL ROSARIO

DEL 6 AL 12 DE OCTUBRE DE 1988



# F I E S T A S

Llega la "movida" de las fiestas y no hay más que decir. He aquí la otra cara risueña de la moneda del año. Tras los más o menos deslucidos días laborales, vive la ciudad la puesta a punto de la alegría solidaria y colectiva de las fiestas. Se cumple así uno de los más importantes ritos del ciclo vital del hombre. Se ha insistido con entera razón que no se conoce pueblo, civilización, tribu o clan que no haya sentido, profundamente arraigado en los hontanares del alma, el sentido dionisiaco de la fiesta.

— Oiga usted, buen hombre: dice una que algún festejo presentará este año el programa, así como de mucho gancho y sandunga, vamos, en plan rociero mayormente, para que mi Vanesa se luzca con su vestido de faraloes, bailando las sevillanas.

— Pues, mire usted, señora, más bien no.

Aquí, octubre, de nuevo, como un membrillo de oro. La Unión, movilizada por el programa festero. La feria, a punto. Pasen y vean.

— ¿Decías, Paca?

— ¡Que cómo vuela el tiempo! Las fiestas aquí ya, a la vuelta de la esquina como quien dice, y yo con estos pelos.

A la misma orilla del otoño, a caballo entre el gozo y la costumbre, las más esperadas jornadas del año.

— ¿Pasassa, tío?

— Pues mira, que aquí de lo que se trata es de mover el esqueleto a gusto.

Al amor de la "litrona" y el "conjunto" musical, se reverdece —¡y de qué modo!— la vocación discotequera de las nuevas tribus urbanas del cuero y el "lois", a la vez que, alimentada por el aroma de la pólvora, una inevitable remembranza se decide a poner a punto de nostalgia el corazón con canas:

— ¡Festejos, don Manuel, los de nuestra juventud! ¡Aquellas vocalistas de toma pan y moja, moviendo la cintura al son del "Rascayú", ejecutado, algunas veces en el peor sentido de la palabra, por el conjunto musical de turno, que entonces decíamos orquestina!

— Pues qué quiere usted que le diga, don José, que no le haría yo muchos ascos a un hipotético proyecto de la Comisión de Festejos, contratando para el programa de este año a la Sabrina.

— ¿A la sobrina de quién?

— ¡Jo, encima de antiguo, duro de oído!

La fiesta manda. ¡Poder de convocatoria de una bolsa de almendras garrapiñadas, del estampido de una traca en competencia con el del barreno; del chiringuito cutre, del viaje a ninguna parte del tren de la bruja! ¡Manes entrañables de un programa repetido a través de los años y las generaciones, congregando sin embargo, hombro con hombro, al niño y al adulto, al fino y al hortera, al que de verdad se las sabe todas y al que, ofuscado, confunde la cultura popular con la moraga de sardinas; a la que, puesta al día, fríe los huevos según las pautas del microordenador, y a la gorda castiza que añora el bonito pasadoble de "Pepita Creus", el concurso de mantones de Manila y la carrera de cintas en bicicleta.

— Lo que es menester es que el tiempo se porte como es debido, que ya sabe usted lo botarates que se nos ponen algunas noches de octubre.

— ¡A quién se lo viene usted a contar! Aquí, a mi Noelia, le compré yo el año pasado un bonito conjunto en el "Cortinglés", que ni la Chabeli, oiga: hombros descubiertos y barriguilla al aire, que me pescó la pobre un resfriado que no quiera usted saber.

— Es que si no quiero saber, no me entero de nada.

— Mujer, quiero decir que no se puede una fiar de las noches de octubre. ¡Para que luego nos salgan los políticos con eso del otoño caliente!

— Que no dan una en el clavo, eso es lo que pasa.

Coincidencia de gustos: el festejo más popular, desfile de carrozas aparte, el castillo, con sus estrellones de oro salpicando la pizarra del cielo, su ruidosa cohertería y el arco iris de sus bengalas sacándole los colores a las fachadas de la calle Mayor, y no es una indirecta.

— ¡Ay, Pili, que, engatusada una con el castillo, me acaban de quitar el bolso!

— Si es que estás en habia, prima.

— No es verdad, que bien he notado yo, entre el mogollón de la muchedumbre, un vaivén de traines y achuchones por parte del que ahora ladrón me ha salido; sólo que una ha creído que el tal venía con buenas intenciones, hija mía.

Convocada por la decisión festera de aquellos que en su Patrona cifran su amorosa devoción, la Virgen del Rosario, Pasiona Mayor, sale a la calle sobre el áureo panal de luces de su trono nuevo, en parte todavía sin pagar, todo hay que decirlo por si el curioso lector se decide a echarle una mano a la economía, un tanto aliquebrada, de la Señora. Un regocijo para la vista alcanzarla desfilar, ya noche cerrada, entre músicas, mantillas y ruidosa cohertería, bajo la iluminación de la calle Mayor. Bonita entonces la Patrona donde las haya, palabra. Talmente un "esclavejío de hermosura", que diría el castizo de la tierra.

— Doña Lola, ¿se ha parado usted a meditar, mirando lo guapa que queda la Virgen en su trono, cómo será la que de verdad está en el cielo?

— Pues mire usted, doña Encarnación, más bonita que ésta, desde luego no.